

menos las mismas litaciones: algunos convencionalismos y debilidad en los remates. Prometen las narraciones en el dramatismo de los inicios, pero suelen ir adelgazándose hasta finar en poco.

La escritora ha de precisar, sin duda, con rotundidad el género que más conviene a su temperamento. Quizá la novela... Resaltarán, entonces, las buenas cualidades como la limpieza léxica y la sobriedad, al paso que han de obliterarse ciertos prejuicios que opacan algo de la «luz de estrellas».

«COIRÓN», de *Daniel Belmar*, Ediciones Zig-Zag, 1951

Con «Roblehuacho» y «Oleaje», Daniel Belmar obtuvo consagración inmediata. «Coirón» ha seguido las huellas de estos sucesos.

Como «La Noche en el Camino», de Durand y «Ránquil», de Ricardo Lomboy, esta *novela de la tierra*, y en particular del Neuquén, se hace sitio entre las esclarecidas.

Tiene entre muchas encomiables la característica eminente del sur: la sensibilidad con que acomete la inmensa poesía del agro. Las de «Coirón» son páginas de un artista de la prosa, las de un poeta que sabe sacar partido de la sonoridad y cadencia de los vocablos, de la imperfección durativa de los gerundios con que se sugiere la presencia real, y el patetismo melancólico y soledoso de la pampa.

Lo que predomina estéticamente en Belmar es la producción del aire novelístico, de la estructura o red vivencial en que se debaten largo los aciertos de asuntos y personajes, sin que escaseen las estrangulaciones o aguafuertes que producen el contraste y la movilidad enérgicos tan indispensables para el sudame-

ricano. Entre ellas se cuentan los episodios de la invasión de las langostas y su conjuro, y la pelea del toro con el puma. En ambos impera la contención que barre con lo expletivo y la pureza verbal más diáfana.

«Coirón» es oro fino en la literatura castigada, clásica. Pronto nos arrebatará en algún estudio de literatura chilena la dilatada valoración que merece.